

MANUEL GURREA MARTÍN

MARÍA MAGDALENA

Notre Dame



UNIVERSO
LETRAS

*«Y tú, torre del rebaño, fortaleza de
la hija de Sión, a ti vendrá el antiguo
poder, el reino de la hija de Jerusalén».*

MIQUEAS 4:8

Índice

Prólogo	11
Carta a Miriam: desde la Sainte Baume... ..	15
Prefacio.....	39
I. Raíces y ancestros	49
II. Hija de Bethania	123
Una doncella sabia e israelita.....	140
Templos, santuarios y el Jerusalén religioso.....	152
Matrimonio y muerte.....	169
El espíritu del pueblo.....	172
III. Los signos de la dama. Símbolos y atributos.....	183
La rosa y la dama del lago	245
IV. La Sacerdotisa del Cielo.....	251
El árbol del sacerdocio	266
Filosofías ordenalicias.....	274
Sacerdocio de Miriam.....	286
¿Pecadora vs. santa?	293
V. Iniciación de la diosa	305
Nace la diosa	305
Iniciación de la princesa prometida	318
Rituales específicos.....	342
VI. La novia sagrada. Aquella que unge	381
Novia divina.....	401
Sophia esposa de Dios	408

VII. Matrimonio dinástico y mesiánico. Sacerdotisas vírgenes	
vestales	415
¿Cuándo nace la línea dinástica del dragón?	430
El fuego de las estrellas.....	433
Hieros gamos y matrimonio.....	438
Consorte del rey-Mesías	451
De la crucifixión al matrimonio	457
Martes, 17 de marzo, año 33 d. C.	501
VIII. La Magdala. La apostala apostolorum	507
Mariam y Dios	518
La magna Miriam	527
IX. Exilio de Nuestra Señora del Mar.....	545
De Cesarea a Massalia.....	545
Preparación del viaje	551
Pasajeros en la Galia y Britania	564
Stella Maris: la Virgen del Mar	616
X. El Grial Amado del Pueblo.....	627
El Santo Grial.....	627
El grial del pueblo	651
Línea Cronológica.....	683
Bibliografía	693
Referencias a la autoría	707

Prólogo

Me asiste la certeza interna de que hay cuatro personajes de la historia judeo-católica occidental que es necesario reivindicar; se hace imprescindible hacerlo en el sentido de reencontrarnos con sus relatos personales con un grado de verosimilitud lo más alto posible. Ellos son:

- Miriam de Magdala, conocida en Occidente como María la Magdalena.
- Judas Iscariote, o el traidor en Occidente.
- Barrabás el Zelote, distinguido en Occidente como un delincuente y/o terrorista de su época. El Ladrón no arrepentido en la cruz.
- Manuel Gurrea se hace cargo de reivindicar a la primera. Ello, por sí solo es una excelente noticia.

A mi entender, lo es no por razones de linaje ni de posturas antirreligiosas; más bien, se trata de devolver al inconsciente colectivo la sapiencia acerca del rol que han jugado, juegan y seguirán jugando de forma creciente las energías femeninas en el devenir ascensional de la humanidad; y en este sentido, Miriam de Magdala alcanza una estatura arquetípica en estos tiempos de cambios profundos en las consciencias individuales de la agónica civilización occidental. Y en particular, vuelve a poner a disposición de las mujeres de Occidente, en tanto encarnación del modelo de lo femenino, un conocimiento y una sabiduría que debiendo haber sido siempre inmanente, fue soterrada, reprimida y estigmatizada por el poder y la fuerza de lo masculino dominante de las instituciones políticas, religiosas y militares.

A Miriam de Magdala la estigmatizaron con la cruz de la prostitución y a las heroicas herederas de su legado con la cruz de la brujería.

¿Cómo?

Estimulando el chip de la ignorancia, por una parte; y el del miedo por otra. Se manipuló la historia para confrontarla con otra de las marías: María Virgen; instituyéndola como una virginal Mater Dolorosa, la encarnación de la pureza; lo cual también tiene connotaciones estigmáticas; elevada a todos los altares de la santidad.

En cambio, a la Magdala se la relega al rol de la perdida, que, en los textos dominantes, es acreedora solo de misericordia y compasión según los parámetros católicos. Se nos impuso la imagen de la pecadora, rebajada a los pies de una figura masculina en una actitud humillante más que humilde. Nada más lejos de la verdad.

Miriam la Magdala era parte por derecho propio de un altísimo grado en el linaje espiritual de su época y del territorio donde se incorporó.

Tanto a Miriam madre como a Miriam la Magdala, se les occidentalizo sus nombres; la primera pasando a ser Virgen María y la segunda la Magdalena. Y con ese nombre, por extensión y devoción, han cargado sus propias cruces de «dolientes, reprimidas sexuales y brujas» millones de mujeres desde hace más de dos mil años hasta nuestros días.

Sin embargo, en ambos casos, ambas han tenido una incidencia fundamental y fundacional en la propagación del mensaje crístico.

Algún día, espero cercano, otro se hará cargo de rescatar las figuras también incidentes de Judas, de Barrabás y del no arrepentido.

¿Pero qué pasaría si cambiáramos el punto de encaje cultural en que nos sumió Pablo el romano, quien, habiendo sido tardíamente discípulo del Nazareno, se apropió de su mensaje; ¿manipuló los hechos e instituyó una «Iglesia» que nunca fue intencionada por Jesús el Cristo? Y a partir de cuestionarnos total y definitivamente la historia oficial católica, nos adentramos con mente verdadera en pos de la verdad. Esta obra es en ese sentido una contribución invaluable, pues nos aporta la información necesaria para iniciar una profunda búsqueda del papel, sentido y el mensaje de Miriam la Magdala tanto en Palestina como en el centro de Europa después de la ascensión de Cristo.

Este libro nos provee de la información y el conocimiento necesarios para desandar los condicionamientos culturales a los que nos sometieron las castas sacerdotales. De esta manera y con este cúmulo —cuasi enciclopédico— de información, cada uno de

nosotros tendrá elementos más que suficientes para cuestionarse la verdad histórica e inicie una búsqueda en reversa, para tomar consciencia de que una grandísima parte de lo que nos han contado es, al contrario; y actuar en consecuencia.

Les invito a leer este volumen con discernimiento, con consciencia crítica y abiertos de mente y espíritu para permitir que otras fuentes complementen y suplementen lo que, a continuación, aporta abundantemente el autor.

HAYA PAZ EN VUESTROS CORAZONES.

Hernán Acosta Discalzi
Adscrito servidor de la Gran Hermandad Blanca
Marzo de 2020

Carta a Miriam: desde la Sainte Baume...

Escribo estas líneas sentado sobre las rocas, pegado a la noche de este ardiente verano, junto a la entrada de la Sainte Baume.

Permíteme, amada Miriam, dirigirte esta carta desde este árbol petrificado, transformado de vida a piedra. El mismo que te cobijó en aquellos días que el sol sonreía a la reina de Israel, él, aún plantado con cuerpo ya inanimado delante de la sagrada cueva, permanece como un monolito ancestral, vigilante entre el pasado y el futuro.

Mi corazón parte de la rueda del samsara, camina buscando tu perfume de mirra dormido encima del bosque sagrado. Evoca las calles de Jerusalén, los granados de Kafar Kanna y las higueras de Bethania.

Que el tiempo abrace al espacio, que las estrellas giren y giren buscando al Creador, mientras el azul celeste se pinta la cara de luceros. Luego, con la llegada del astro rey, el cielo de arriba se lavará la cara hasta el regreso de los lunares blancos y la noche de la mano. Allí, el hombre duerme persiguiendo sueños, unos imposibles y otros perdidos, pero casi siempre soñando. Es entonces cuando la luz de las altas antorchas busca el origen y el hombre navega entre su ego de abajo y su ser de arriba. Tú, al lado del cielo, junto al conocimiento y la esencia de la incolora Sophia.

Que sean los astros quienes abran el camino que une al sol con la Tierra y así, con el sendero despejado, me fundiré con las entrañas del *camino*. En esta cueva donde tantos años la gran sacerdotisa con hábito de ermitaña oró, meditó y miró el horizonte de estaciones bailarinas.

Mientras la rueda temporal voltea implacable, en tanto las largas horas de luz bailan en la Provence y todas las estrellas de arriba por igual alumbran; yo, un mortal que ama la estela de tu *camino*, quiero ser un escriba y un servidor, si me dejas. Lavaré los pies cansados de la sacerdotisa caminante y de la Virgen negra. Protegeré la entrada del santuario con Excalibur... Pero la hija de la diosa quiere que la espada duerma bajo las alas del pasado, en su lugar se debe abrir el libro de la vida y que la historia muestre de nuevo las enseñanzas de la sacerdotisa del cielo; cómo fuiste, cómo pasó...

Tu verso sapiencial brotó del corazón del mismo Dios, es la más bella historia jamás contada, un relato que el hombre desconoce. Una prosa de amor incondicional, donde anidan las grandes diosas. Solo ellas y su hija fueron capaces de dibujar sobre el samsara y su rueda, entre los radios y el círculo: la gran diosa debe sentirse orgullosa de su hija adoptiva.

Recuerdo al niño que ahora esto escribe, junto a un sacerdote que ya subió a las alturas, en la función de presbítero, elegante, alegre y encantado de ser útil a los demás, enseñando a los pequeños salvajes de un pueblo de montaña. Puedo verlo sonreír cada vez que la estación llegaba de la mano con el «mes de las flores». Era al principio de los años setenta, con la primavera jugando entre nubes acuosas, las rosas bostezando y un retoño pueblerino que se emocionaba con el invierno blanco. Un desamparado mirando las lágrimas de las tejas y bajo ellas de nuevo esperando la llegada de los cantos de jilgueros sobre las flores blancas de las jaras, el rocío de las rosas rojas y el perfume del aire jugando por las laderas.

Entonces, en el yermo de la sierra y del campo ya verde, se alzaba una iglesia olvidada, en una zona desconocida para urbanitas trajeados, y las canciones sonaban. Aparentemente, parecían dirigidas a tu madre afectiva. De alguna manera, siempre fue madre de la esposa de su amado hijo, pero aquel niño de campo y las gentes labradoras abrazaban los cantos y los bailes, reconociendo entre las flores de mayo a la reina del mediodía del color del ébano que arriba, en la peña de Francia, moraba desde hacía siglos y siglos.

El sol siempre declinaba por el monte Cabril, solamente los aldeanos lo saben. Ahora lo veo ocultarse por el oeste de la Provence en la vieja Galia. Todo el pueblo sabe de dónde hablo... Tú quedaste en las orillas de los caminos, en los cantos de las casas, alrededor de su mesa, en las fuentes y los baños de bautizo, en el horizonte de toda la Provence que tantas veces contemplaste, el mismo entorno, la misma luz... rojiza en otoño, de fuego blanco en primavera y amarilla en verano.

Pasados tantos años algunas cosas han cambiado, ya no están aquellos hombres y mujeres que escuchaban la voz de la mujer de ébano, los que ofrecían alimentos de la tierra, a veces casi a escondidas, oteando a lo lejos rudos hombres buscadores de recompensas, fieles mercenarios del poder. Eran hombres y mujeres afortunados de tener a su lado la doncella de ébano. Apenas el día comenzaba a bostezar, sentada enfrente de ellos hablabas del rabino, del maestro, del camino... del exilio y del abandono de Palestina... después retornabas por «le Chemin de Marie Madeleine».

Tú, la reina, la suma sacerdotisa, la consorte y sobre todo la mujer concedora del todo. Tú mirando ese mismo horizonte... mis ojos ahora se desvían hacia Pa-

lestina... hacia Jerusalén, buscó las tierras de Judea y de Galilea, Tarichea, Nain, Bethania, Cafarnaúm, el mar de Tiberíades... ¡Cuántos caminos! Luego quiero perderme por la orilla del mar, frente a la sinagoga de Cafarnaúm que protege el viento del norte... Y me pregunto, en este verano que levanta torres doradas como gigantes de fuego, ¿por qué no pude contemplar tu bautizo a manos del maestro con los doce por testigos?

Confieso que algunas lágrimas se deslizan como si fuera aquel rocío primaveral cayendo entre jaras y cerezos... hacia la tierra caen... como casi todo... pero aparece una esperanza...

¡Regresa la reina del sur!

Puedo verte sobre los cuatro jinetes del apocalipsis, los cuatro doblegados ante la hija de la diosa y reina del mediodía de la Galia.

¡En toda la Provençe se veneró a una diosa! Tu historia llegó a lomos de una barca con la señora del mar, imponente de pie sobre la cubierta. Desafiando la brisa inquieta que rodeaba la Stella Maris con un niño de seis meses entre los brazos, como un faro de Hércules emergiendo en la *finis terrae*: aún es posible verte, doncella de ébano... la brisa jugando con tu cabello. Luego ya en la playa, cerca del Ródano y en el castro de Notre Dame de la Mar, cientos de personas te esperaban...

¡Cuánta alegría se elevó hacia el cielo!

La lavanda me lleva de la mano hacia las rosas rojas de la diosa, las mismas que desprendían aquel dulce olor inolvidable en la pequeña iglesia de S. Bartolomé, allá en la sierra de Francia. Como sentada está la iglesia, mirando al monte Cabril y a más de mil kilómetros de la Sainte Baume, dormida en un país que parece cosido al continente, y allí, de nuevo reaparece el mes de mayo, con sus canciones y sus flores: ¡añoro esas fragancias!

El hombre de este avanzado siglo no sabe que danzabas con tu esposo, con los apóstoles... en círculos girando como la Tierra, como el sol y la galaxia, igual que los ciclos del tiempo... el hombre y el Gran Creador, uno conformando los radios y el otro la rueda. Al final, todos encerrados en el samsara incansable, en la rueda imparable: hasta Dios nace y muere. Mientras el hombre piensa; «¡De Dios partimos, a él regresamos!».

El mar del Tiberíades se vistió de gala cuando recibiste el bautizo del maestro, incluso los caminos de Galilea parecían adornados con ramilletes de trigo dorado. Ahí transcurrió la mitad de tu vida, al lado del esposo-rey-pescador y pastor de hombres.

Caminabas como la hija de Isis entre las brumas del desierto y las granadas de Kafar Kanna. ¿Recuerdas la casa de Bartolomé, asentada entre huertos y a la sombra de las higueras? Luego el lugar se nombró Nazaret.

¿Cuántas veces trepaste a través de los pequeños senderos dormidos? Sendas pintadas entre las rocas, encaramadas hacia la cima de la Sainte Baume... días de frío y calor, postrada sobre el duro suelo... mirabas entre el sur y el oeste.

¿Qué buscabas, Miriam?

Abajo, en el franco norte, la cueva espera la noche, cerca de allí un día te quedaste dormida...

Desde lo alto de la montaña que cobija la cueva y hacia el sur, el mar, la montaña de Santa Victoria y de nuevo en el norte el viejo bosque sagrado que protege la Sainte Baume. Por el bosque, después de tu tránsito, ascenderán los reyes para postrarse ante la tumba de alabastro y ante su señora, nuestra señora: ¡cuánta hipocresía anida en el mundo, Miriam!

¿Qué hay en Jerusalén que todos ahora pretenden?

¡Puedo ver a Jobshua llorando!

Tus oraciones ascendían como humo de mirra desde el macizo de la Sainte Baume, meditabas acompañada de ángeles, Miguel, Rafael y Gabriel, ellos siempre a tu lado. En ese lugar ahora vela la noche un santo pilón, a más de mil metros de altitud.

¿Hay otra forma mejor de tocar el cielo?

¿Qué le espera al hombre mortal, Miriam?

¡El corazón no se equivoca cuando es el templo del alma!

Las gentes que escuchaban tus pláticas lo sabían, las de Galilea, las de la Provence, las que te acompañaban y a veces reían, aquellas que lloraban contigo y las que ahora caminan por las calles lejanas de Jerusalén y te ven en cada esquina envuelta en olor a jazmín. Son callejuelas que irradian el color del desierto, en ellas se quedó impregnado el vuelo de tus danzas y vestidos vaporosos llenos de colores... Tu pelo suelto desafiando al poder masculino, tu figura de extranjera-occidental y piel de bronce-ébano:

¡Ni negra ni blanca, morena como el poema de Salomón y la reina del sur!

La crueldad del hombre es insaciable, destruye cualquier atisbo de conocimiento, cualquier semilla de sabiduría, y borra los recuerdos de las gentes incrustándoles ídolos de barro como piedras congeladas e inertes. Pero todo el poder del hombre no ha conseguido nunca ni podrá borrar de los corazones un halo de luz llamada Io Anna María, ni apagarla ni fundirla... sigues latiendo y brillando en ocultos rincones.

Quizás en algunas de mis vidas pasadas debí ser un soldado de Dios con traje de monje, o tal vez un guerrero. Mi espada y el ser que soy estaban a tu servicio, al de tu esposo y al de la madre María. Del señor Krishna y de Isis, tu diosa y la de todos, de ella heredaste su energía y su conocimiento y yo me cobijo bajo tus auspicios, que son los de Sophia, y emulando a los antiguos guerreros pongo mi espada a tu servicio.

Pero tú has dicho: «cambia tu espada por una pluma», yo se lo comuniqué a mi corazón, ahí donde anida mi alma, y él ha ordenado a la mente:

¡Entrégate a Io Anna María de Bethania en cuerpo y alma!

Y mi camino de transeúnte sobre las piedras que sembraste está dedicado enteramente al servicio de la divinidad a través de ti, eres la dueña de mi *bhakti yoga*. Nada busco y nada deseo en esta Tierra, tan solo volver a mi lejana casa, volver con los míos, llevarles todo lo aprendido y dejar testimonio de una de las mujeres más grandes de la historia del ser humano. Quizás el último intento por recuperar la sagrada dignidad y la creencia en el Dios Padre Creador de todas las cosas, pero, ante todo, quiero mostrar el conocimiento que te fue arrebatado, robado, ocultado, entregado al fuego y tergiversado:

¿Cómo puede contener el hombre en su alma apasionada, pero descorazonada, tanta mentira, tanta infamia y pisar con sus botas de barro la imagen divina de la mujer?

Cierto que no todos los hombres son culpables, aun así, a través de la historia todos tenemos algo de culpa, en esta vida o en otra, cuando fuimos asesinos, ladrones y vagamundos por las calles medievales.

En tu tiempo cuando se emitían los decretos romanos y del Sanedrín, soldados y gentes de mala fe buscaban cualquier conexión contigo o con el rey de Israel. Persegúan a vuestros hijos... a la dulce Sarah, una princesa perdida en las tierras de Constantinopla... su hermano menor conocido como «el Justo» y príncipe heredero y diseminado entre las brumas de Avalon y el más pequeño olvidado entre la niebla de la historia.

Sí, Miriam, todos somos culpables de agachar la cabeza, mirar para otro lado. Escucho el Canan nan gaidheal de Tannas y el sonido de sus violines me levanta de las piedras y las lágrimas caen hacia el suelo. ¿Puedes oírlo, Miriam?

«No era la nieve de las heladas del norte.

No fue el chasquido frío del este.

No fue la lluvia o el vendaval del oeste.

Pero la enfermedad que se ha blanqueado desde el sur.

La flor, el follaje, el tallo y las raíces,

Del lenguaje de mi raza y mi gente...».

Y un coro de voces con Rafael, Gabriel y Miguel en el horizonte te reclaman, Miriam, se espera tu retorno...

«Ven y únete a nosotros en el oeste.
Para que escuchemos el lenguaje de Gael.
Ven y únete a nosotros en el oeste.
Para que escuchemos el lenguaje de Gael».

Gael nos lleva de la mano hacia las tierras celtas... vemos la reina Boudica, la primera reina de Avalon gritando tu nombre y tu verdad, ocultos entre letras y en una sola frase: «La Verdad contra el mundo»: y por las laderas abajo de la vieja Britania corre la reina Boudica y sus dos hijas, Commorra y Tasca; y perece la esperanza entre praderas atónitas, avergonzadas... mercenarios romanos humillan la verdad y la justicia, separan la piel de la sangre y acaban con el sueño de la Reina de Avalon.

Todo vínculo entre los desposyni fue perseguido, pasado por la espada, los pergaminos se entregaban a la diosa Agni, y se quemaban igual que ardieron las antorchas humanas que adornaban el jardín de una bestia llamada Nerón. Después, un día en la isla de los judíos, un seguidor tuyo atado a un poste sobre la tierra y en medio del Sena, isla dedicada a ti, al igual que la gran catedral levantada a su lado. Casa construida sobre el templo que venera a tu ancestro, la diosa Isis, en aquella isla ahora de la Cité, el hombre maniatado se entrega a *notre dame*. La muchedumbre educada por la oscuridad blasfema, los inquisidores ocultan eso que era bueno para el hombre y ponen en su lugar el odio y el miedo. En la jornada escrita con fuego, un anciano despojado de la cruz templaria murmura unas palabras... luego se encomienda a la dama de las aguas... sin miedo ni temor alguno. Su espíritu, el del borgoñés Jacques Bernard de Molay, se marchó a residir a la ermita de San Bartolomé en Ucero, Soria, España. Allí duerme, custodiando la esperanza...

Desde que los dioses dejaron la Tierra —el planeta Ki, como ellos le llamaban—, desde aquel fatídico día en que la sabiduría y el conocimiento se fueron con ellos, ascendiendo por la escalera del cielo; el hombre entró en una espiral tenebrosa, el nudo gordiano se hizo más férreo y duro, esclavizó al hombre a su propio sistema. El laberinto del minotauro que pronosticara el templario Juan se cerró tras las puertas de Jerusalén.

Siglos antes de Juan y de Giordano Bruno, el rey Arturo, uno de tus descendientes, quedó abatido a los pies de la postrera reina de Avalon. Sus sacerdotisas se ocuparon del cuerpo del portador de Excalibur, la espada que le entregaste como dama del lago. De

nuevo el hierro forjado por la diosa retornó al agua a dormir bajo ella. Tú abrazaste el alma del caballero y la cobijaste como una madre ama a sus hijos.

Morgana le Fay —hermana de Arturo— fue tachada de maga negra, su halo blanco se lo llevó también el fuego de la transformación. El hada blanca cayó envenenada por el mago oscuro que luego llamaron «blanco»:

¡Avalon, Avalon... cuánto poder se esfumó entre tus nieblas!

Al hombre le fueron entregadas todas las herramientas necesarias, espirituales, materiales y un libre albedrío. Tú sabes y conoces que el hombre está en involución, pero desde el azul lejano, desde la casa de los dioses, viene una renovada esperanza: una nueva humanidad y el retorno del camino.

Sentado dentro de la cueva, miro hacia el lugar donde meditabas...

¿Sabes, Miriam? De ti se dicen cosas muy hermosas, a pesar de la ignorancia que se escribió en la historia. Un poeta de un tiempo pasado, Gibran Kahlil Gibran Rahme, redactó sobre su amada maestra y de cómo conociste a Johshua:

«Cuando le vi por primera vez era el mes de junio. Se hallaba a solas caminando por los trigales cuando yo pasé con mis sirvientas. El ritmo de sus andares difería del de los demás hombres, pues movía su cuerpo de un modo que yo no había visto antes...

Mis sirvientas le señalaban con el dedo y cuchicheaban con timidez. Me detuve un momento y levanté mi mano en señal de saludo...».

¿Qué debiste ver en él, Miriam, para amarle de aquella manera?

¿Qué apreciaste en esos ojos que barrían el horizonte, que lo peinaban como quien abre los ojos y todo lo observa?

¿Quizás los cabellos jugando con la brisa de Galilea?

¿O tal vez sus manos acariciando el corazón del prana?

¿O quizás la mirada de Dios?

«En agosto volví a verle a través de mi ventana. Estaba descansando a la sombra del ciprés que hay en el jardín de mi casa. Estaba tan inmóvil que parecía una de esas estatuas que se ven en Antioquía...

Llegó una sirvienta mía que era egipcia, me dijo: «Ahí está otra vez ese hombre sentado en el jardín».

Le observé con detenimiento y mi espíritu se emocionó hasta lo más profundo, pues era realmente hermoso y su cuerpo era puro y cada una de sus partes parecía amar a las demás...

Me puse entonces mi mejor vestido de Damasco, salí de casa y me dirigí a él. ¿Era mi soledad la que me impulsaba o el perfume de su cuerpo? ¿Fue el ansia de mis ojos ansiosos de hermosura o su belleza la que buscaba la luz de mis ojos? Todavía no lo sé...

Era tu momento, Mariam, era el día que debías conocer a tu amado. ¿Quién no sale al jardín cuando florece un rosal?

La novia sagrada se encontró con el novio sagrado, el destino jugó una última baza, otra partida en la mesa de Salomón, bajo el candelabro del templo y en la cámara nupcial. Lo sagrado superaba a lo profano y el rey Salomón, seguidor y amante de la reina del sur, había escrito para ti y estaba sentado junto al maestro, en tu jardín. Makeda, la reina del sur, miraba desde una de tus ventanas. Salomón busco la sabiduría que moraba en la reina Makeda, otra doncella de ébano.

Sophia fue un regalo de Isis para el rey de reyes. De la misma forma ella mora en Ti, Miriam. Tú nunca alardeaste de nada, tan solo vive en Ti la humildad. Jesús lo sabía, por eso tenías que ser Tú, una mujer, una suma sacerdotisa de las órdenes de Dan y de Melquisedec, la que ungió al Rey de Israel. Como en los viejos tiempos la Gran Diosa Isis hizo con Dumuzi, el Rey-Pastor y Pescador, el amado del pueblo de Mesopotamia, de Egipto y de Canaán, un rey-pastor llorado por aquellos que veneraban a los Dioses.

“Buenos días.

Buenos días, María – me contesto.

Luego me miró, y sus oscuros ojos vieron en mí lo que no había visto hasta entonces... me sentí como desnuda bajo su mirada, y de pronto me avergoncé. Aunque Él solo me había dado los buenos días...

Había en su voz el sonido del mar, del viento y de los árboles. Y cuando me dijo esto, era la Vida la que hablaba a la Muerte...”

Bien lo sabes, Miriam: la Vida es la que le habla a la Muerte. Fue entonces cuando invitaste al Salvador a entrar en tu casa, Él te miró, y el Espíritu se iluminó de golpe en la Sacerdotisa de Ébano, como brotado de entre las flores, como si despertara del sueño del pasado. Vuestro encuentro no fue al uso, ni semejante al de las fuentes o los pozos donde las doncellas llegaban buscando agua, allí se encontraban con el amor bañándose sobre el cristal, era el lugar de los profetas antiguos, el sitio donde se forjaban

los consortes. No, vosotros os conocisteis en el jardín del castillo, situado en las mismas tierras de Nazaret, cerca de Nain y del mar de Tiberíades, cuando te disponías a salir a pasear acompañada de tus sirvientas. Le observaste desde la torre, como un vaticinio profético de lo que habría de ocurrir. Jesús te habló a ti, solo a su futura esposa:

«Los demás hombres se aman a sí mismos a través de ti, pero yo te quiero por ti misma. Amo tu alma. Los demás hombres aman en ti una belleza que se marchitará antes que acaben tus años, pero la hermosura que yo amo en ti no se ajará jamás. A esa belleza no le dará miedo el final de tus días, ni mirarse al espejo, pues su imagen no te agraviará. Yo solo amo lo que hay de invisible en ti...».

¿Quién es capaz de añadir algo a lo que te dijo el maestro?

Con qué pocas palabras te describió todo el horizonte, enredado entre el cabello y tu vestido de Damasco: era ver el conocimiento peleándose con tus horquillas de oro.

Tu belleza seguía entre la cumbre y el valle, entre el bosque y los caminos, aun cuando la cueva de la Sainte Baume era tu refugio.

El encuentro entre maestra y maestro tejó un lazo de miel y mirra, un collar de las higueras de Kafar Kanna, una perla del mar Muerto crecida a los pies de Masada, un sendero que le traería de regreso una y otra vez a tus brazos. Juntos iniciaríais el largo camino de la reina del cielo y de la tierra. Ella terminó de tejerlo cuando su amado marchó hacia la muerte dentro de las aguas, como saltando desde las rocas altas junto a las cataratas del Nilo Azul. Ahí resbaló Dumuzi y entregó su vida al hado, y su muerte la lloró el corazón de la diosa y todas las gentes de Mesopotamia: el primer dios titulado, Osiris, cortaba el hilo entre la vida y a muerte.

De nuevo el poeta e investigador Khalil Gibran describe cómo tú, Miriam, viste al depositario de «la perla»:

«Su boca parecía el corazón de una granada. Profundas resultaban las sombras de sus ojos... He visto en sueños a todos los reyes de la Tierra postrados a tus pies con el mayor respeto.

Quisiera describir su rostro, mas ¿cómo voy a hacerlo? Era como una noche sin penumbra, como una mañana carente del alboroto diario. Era un rostro triste y, sin embargo, alegre.

Recuerdo el día en que alzó los brazos al cielo: sus dedos separados parecían ramas de fresno. Y le recuerdo paseando al atardecer. En realidad, no andaba: era un camino sobre otro camino, como la nube que flota sobre la tierra y desciende a ella para darle ánimo e insuflarle vida... sentí que me abandonaba la vergüenza

y que me quedaba solo con mi pudor y con el deseo de estar a solas para que sus dedos pudieran tañer las cuerdas de mi corazón».

Y las manos del Profeta se cruzaron con las tuyas, y entrelazadas caminaron por el desierto dorado al calor de las gentes. El sol sonreía en lo alto, no os podía quemar su fuego, en vuestra piel jugaba la diosa Agni, ella os protegía de las rojas brasas incandescentes.

La antigua granada, preferida de los dioses, resurgía con el maestro como antes lo hizo con el rey David.

Y el poeta oriental entregado siempre a ti, Miriam, se sumerge en los pensamientos que ya vagaban por tu mente:

«¡Llorad conmigo, hijas de Astarté, y vosotras, amantes de Tammuz!».

Isis con el velo de Astarté era la misma que debería haber sido diosa de Israel, pero como tú sabes, Miriam, el poder masculino la apartó de la senda del pueblo santo... y de golpe, como descolgada de las almenas del castillo por las trenzas de la princesa, llegaste tú. Otra oportunidad, otro embate del destino, de nuevo la esperanza, pero el hado volvió a mirar para otro lado e interviene otra vez el poeta, para poner las flores en su jarrón y deslindar el jardín del amor... cuando todo parecía ponerse de pie, el árbol se acurrucó en la hierba, y entre las jaras de Israel creció la grama dañina:

«Que vuestros corazones se enternezcan hasta llorar lágrimas de sangre. Porque aquel que fue hecho de oro y de marfil ya no está con nosotras. Le embistió el jabalí en lo oscuro del bosque, y sus colmillos desgarraron su cuerpo...

Ahora yace cubierto por las hojas del año que pasó.

El eco de sus pasos ya no despertará a las semillas que duermen en el seno de la primavera. Ya no vendrá su voz con la aurora a mi ventana:

Viviré siempre sola».

Los animales salvajes vestidos de hombres le clavaron sus colmillos, y su cuerpo se perdió dentro de un bosque lejano. Pero mordieron también a ti y a tus hijos. Después, una nueva primavera te embarcó sobre las aguas del dulce Mediterráneo, el mar superior de los dioses, depositando la belleza, la verdad y la justicia sobre la costa de la Galia:

¡La esposa del sol llegó a la piel de la Provence, sentada en los escalones del templo de Diana, abrazó la Massalia helena!